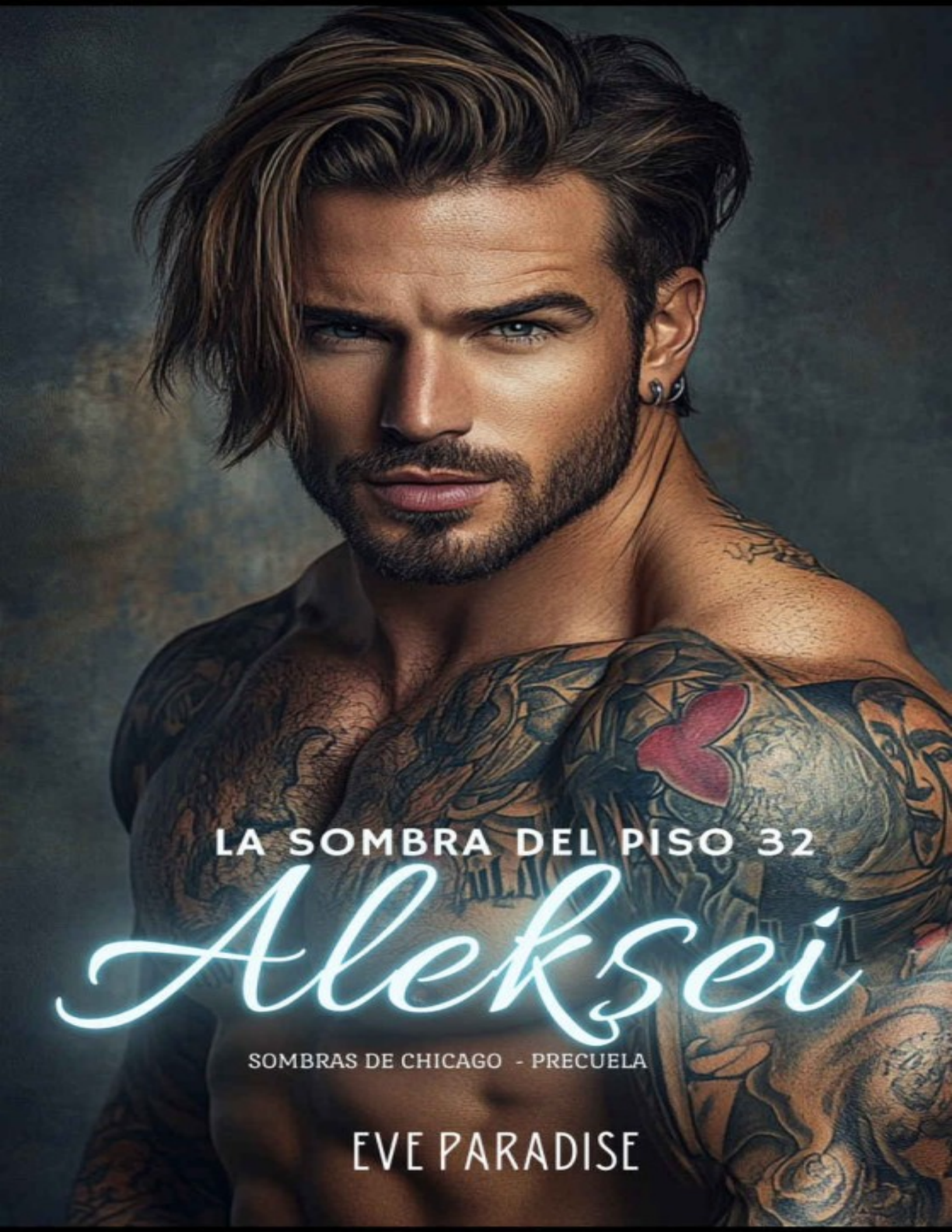

LA SOMBRA DEL PISO 32
Aleksei
SOMBRAS DE CHICAGO - PRECUELA
EVE PARADISE

Aleksei.
La sombra del piso 32

Mafia y romance en el Chicago de la Bratva Rostov

Aleksei

La sombra del piso 32

Eve Paradise

© 2025 Eve Paradise
ASIN: B0F89DPMWN
Titulo: Aleksei. La sombra del piso 32
Portada: Diseño y maquetación I.A.A.©
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Indice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Deja tu huella

Avance

Soundtrack

La autora

Capítulo 1

Maya

Me pregunto qué hago aquí. Una cosa es redactar artículos en el despacho y otra, muy diferente, acudir a eventos armada de una cámara de fotos, que ni siquiera es mía, para cubrir la noticia. Mierda. ¿En qué momento acepté hacerlo? ¿Por qué Ethan se ha volatilizado en el último segundo? Me encojo de hombros. Supongo que la ceja levantada del señor Foster tiene mucho que ver. La agencia no está pasando por su mejor momento y cubrir este evento hará que ingresemos un buen pellizco. Así que no podía negarme. No *debía* hacerlo.

Además, ¿qué demonios? El asunto me atrajo como una polilla a la luz. Las instrucciones eran claras, pero también muy extrañas: llegar puntual, no hacer preguntas, no fotografiar a nadie sin consentimiento expreso… ¿Entonces, para qué nos han contratado? ¿El objetivo no es publicitar este evento sea lo que sea que patrocinan? ¿La revista no tendría que haber obtenido ese consentimiento previamente? Si sumo todas esas dudas, la operación me devuelve un resultado que, en mi mundo, significa una sola cosa: individuos que quieren figurar pero que, paradójicamente, no desean ser vistos. Raro, muy raro. Tanto como para espolear mi curiosidad. Pero…también dicen que la curiosidad mató al gato.

Respiro hondo frente al espejo del ascensor y me recoloco el cuello de la camisa. Llevo el equipo de Ethan al hombro, las instrucciones impresas y una tarjeta que me permite moverme con cierta libertad por los pisos dos y tres del *Hôtel Noir.* Tengo todo lo que necesito para pasearme entre toda esta gente tan snob y presuntuosa con seguridad, aunque no es suficiente para sentirme segura. Hay algo en este encargo que me intriga y me huele raro desde el primer momento.

El ascensor asciende mudo, como si tragara silencio. Con cada dígito que aparece y desaparece en el visor, siento la tensión asentarse en mi nuca. Echo la cabeza hacia atrás y muevo el cuello para soltar la tirantez que aprisiona mis cervicales. Luego levanto la vista. El número dos aparece en la pequeña pantalla y parpadea con una lentitud insoportable, como si me dejara plantearme la posibilidad de pensármelo mejor y echarme atrás.

Me miro de reojo en el acero pulido de la puerta, y por un segundo, me desconozco. Camisa negra ajustada, moño bajo, labios rojos como única concesión a mi vanidad. Súper profesional, pero las manos me sudan y los dedos me tiemblan como si fuera primeriza. Mierda. El ascensor sigue subiendo. La pantalla parpadea con el número treinta en su interior. Solo faltan un par de plantas. No sé qué voy a encontrar ahí dentro pero no puede ser tan malo ¿no?

Último piso. Se abren las puertas. Me recibe una moqueta que amortigua los pasos y una penumbra selectiva que acaricia más que esconde una chapa metálica al final del pasillo. Club… ¿privado? Bajo la chapa, un teclado en el que introduzco el código que venía en las instrucciones. Ocho, cuatro, dos. La puerta se abre con un chasquido. El aire está cargado de perfume caro, aroma a licor

oscuro y algo más sutil Trato de que mi vista se acostumbre a la penumbra mientras echo un vistazo alrededor.

Lámparas doradas, mármol negro, columnas brillantes…Y gente. Hombres con trajes carísimos, acompañados de mujeres de tacones indecentes y sonrisas ensayadas. Algunas chicas están sentadas en los sofás de terciopelo oscuro, casi hundidas entre cojines y hombres que las tocan como si fueran de su propiedad. Otras beben con la mirada perdida, como si esperaran que la noche acabara pronto. O que no acabara nunca. Es difícil saberlo.

Qué raro es todo.

Entonces lo entiendo. Esto no es una fiesta. Es…aún no sé lo que es. ¿Una bacanal encubierta de protocolo? Miro al frente de nuevo. ¿Una jungla salvaje con moqueta?

Hay grupos de cuatro o cinco personas desperdigados por el lugar que conversan en charlas que apenas se elevan por encima del murmullo. Todo aquí es contenido. Gestos suaves, manos que se deslizan por espaldas semi desnudas…Escucho una risa forzada a mi izquierda y un gemido contenido a mi derecha. A pocos pasos una copa medio vacía yace olvidada en el suelo. Desentona con la apariencia lujosa y cuidada de la que pretende hacer gala este sitio.

Sigue sin cuadrarme nada.

Me abro paso entre ellos como un espectro con cámara. Saco un par de fotos discretas: las luces, las copas, un reflejo interesante en un espejo…Me obligo a parecer concentrada. Profesional. Aunque estar detrás de un objetivo no sea mi estado natural y las miradas que se deslizan por mi cuerpo con la familiaridad de quien está acostumbrado a poseerlo todo sin pedir permiso me erizan la piel.

Saco una foto rápida de una copa inclinada entre dedos masculinos. Otra del humo de un puro que serpentea en el aire como una amenaza dulce. Cada clic de la cámara me calma. Me devuelve el control. Por unos segundos, soy yo quien observa. Yo soy quien decide qué se muestra y qué se oculta. Pero no lo hace por mucho tiempo.

—¿Fotógrafa? —dice una voz masculina a mi espalda, arrastrando las sílabas con una cadencia húmeda.

Me vuelvo despacio y encuentro frente a mí un hombre de unos cuarenta y muchos. Reloj caro, sonrisa condescendiente y mirada aceitosa. Sostiene una copa de algo oscuro y me examina como si estuviera negociando un precio. Lleva un traje oscuro con una camisa sin corbata y sus labios están húmedos de whisky. Aprieto los dedos alrededor de la cámara. Estoy a punto de alejarme, pero él estira la mano y me roza el antebrazo, como si tuviera derecho a hacerlo.

Sus ojos bajan por mi escote y luego regresan a mi boca. Un escalofrío me recorre la espalda. Me mira con el mismo interés que se le dedica a un trozo de lomo en el expositor acristalado de una carnicería.

—Sí —respondo intentando disimular el temblor en mi voz.

—¿Y qué tipo de fotos haces?

No me gusta cómo lo dice porque no hay curiosidad real en la pregunta, sino una invitación velada y envenenada para jugar a un juego en el que estoy segura que jamás saldré ganadora.

—Las que me han encargado. —respondo.

—Y si yo te pido otras…

No termina la frase. Inclina la cabeza y se acerca un poco más. Lo justo para que el aroma cargante de su carísimo perfume que subraya su rancia prepotencia, me invada las fosas nasales.

—Entonces le diría que no está en el presupuesto.

—Podrías sacarme un par de fotos. Solo para mí —dice, ladeando la cabeza—. Incluso podrías salir tú conmigo en alguna de ellas. Esa boca… promete. El dinero no es problema.

Su sonrisa se afila y bebe un sorbo de su copa. Se lame el labio inferior sin dejar de mirarme. Le divierte ver si reacciono. Pero no voy a darle la satisfacción de que me vea atemorizada.

Déjalo, Maya. Olvídate de él. Date la vuelta y continúa con tu trabajo.

Buen consejo, pero no sé por qué, no me sirve en este momento. Las palabras brotan de mis labios sin que yo pueda hacer nada por contenerlas.

—No lo dudo. Pero no estoy a la venta.

—Ya veo, así que ¿no eres?... —sonríe ante mi cara de incomodidad—. Cierto. No tienes pinta de chica de encargo. Creía haber acertado en mi apreciación. Aunque…

—En cambio —corto su frase con rapidez—, usted tiene pinta de tener educación, pero quizá me he equivocado en mi juicio.

Me giro para irme. Él me agarra del brazo lo suficientemente fuerte como para resultar incómodo y a la vez amenazante. Su pulgar roza mi muñeca.

—Déjame invitarte a una copa. Solo una.

—No bebo en horario laboral.

—Yo te doy permiso.

—No se lo he pedido. Estoy trabajando —le digo mientas intento zafarme de su agarre.

Él me responde con una sonrisa helada. Sus ojos se endurecen un segundo. Luego se relaja y bebe un sorbo.

—No te ofendas, preciosa. Yo también lo estoy. Pero a la vez me divierto. Todos lo hacemos.

—Entonces diviértase con otra.

Mi mirada se clava en la suya durante un segundo tenso. Fría. Él se ríe, pero me suelta y yo me alejo con rapidez, caminando hacia la otra punta de la sala sin volver la cabeza. Y mientras me alejo, escucho su voz.

—Ten cuidado, preciosa. Este no es un sitio donde a una chica le convenga hacer enemigos. Algunas fotografías no se revelan… sin consecuencias.

ÔÓ

Me escabullo por un pasillo lateral para buscar aire. Esquivo una pareja que se besa sin pudor contra la pared y doblo hacia una zona menos transitada. Lo dejo atrás, pero mi corazón late alocado. Lo siento. Sé que va a volver porque, de algún modo, para él, esto es un juego y aún no ha terminado.

Te lo advertí. ¿Y si te persigue? ¿Y si …?

Sacudo la cabeza para desterrar de mi mente esas horribles ideas. Paso dos puertas, luego otra más y me adentro en un pasillo lateral con la necesidad urgente de volver a respirar. La música se disuelve a medida que me alejo de la sala principal, reemplazada por

un silencio mullido que parece absorberlo todo. No hay nadie. Solo puertas cerradas a ambos lados y una alfombra que amortigua mis pasos, como si también aquí estuviera prohibido hacer ruido. Me detengo un instante frente a un ventanal semi cubierto por una cortina de terciopelo gris. Afuera, la ciudad se extiende como una selva de luces lejanas, indiferente a lo que ocurre dentro de este lugar.

Una puerta entreabierta llama mi atención. Es curioso, todas las demás están cerradas. ¿Será una sala de mantenimiento? O puede que sea un despacho. Me acerco sin pensarlo mucho. Mi instinto me grita que no cruce el umbral. Que me vaya de la fiesta y huya cuanto antes del *Hôtel Noir*, pero en el mismo instante, mi mente genera el recuerdo de la ceja levantada del señor Foster. Así que lo hago. Empujo suavemente la puerta con la yema de los dedos y entro. La habitación está sumida en penumbra, bañada solo por una luz tenue que se filtra desde una lámpara de pie junto a un sillón de cuero negro. Las cortinas están abiertas y las ventanas cerradas, aunque huele a whisky y a cuero envejecido. Las luces de la ciudad apenas iluminan una estancia de lujo sobrio: un sillón de cuero, una mesita baja, con una botella abierta, dos vasos -uno de ellos usado- y un cenicero vacío.

Y …una figura sentada en la sombra, inmóvil.

—Estás perdida —me dice, sin moverse.

—Lo siento —balbuceo—. Me equivoqué de sala.

—¿Estás segura?

La voz me atraviesa. Es grave, áspera y letal. Una vibración que hace estremecerse todo mi cuerpo. No sé por qué no me giro, cierro

la puerta y me voy. Es lo lógico, lo razonable, lo sensato. Pero nada de lo que siento aquí dentro tiene lógica.

Entonces se levanta y, lentamente, da un par de pasos hacia mí. Sale de la sombra. Y lo veo. Un escalofrío me recorre la espalda. Hay algo en cómo se incorpora que me hiela la sangre. La puerta sigue entreabierta a mi espalda. Podría retroceder. Salir. Fingir que nunca estuve aquí. Tendré que elaborar una mentira bien estructurada para contársela al señor Foster cuando llegue a la agencia. Podría hacer tantas cosas…Pero no lo hago.

—No pareces el tipo de mujer que frecuenta este lugar —dice.

—Lo…siento. Creí que era una sala de descanso. O algo así.

—¿Y entraste sin preguntar?

—Estaba abierta.

—Las puertas abiertas no siempre son una invitación inocente. A veces son trampas para cazar a personas incautas.

El pulso me martillea en la garganta. La frase dispara todas mis alarmas. Hay una amenaza implícita en su voz y no pretendo quedarme para saber si esta se cumple. Quiero moverme, salir de aquí, pero sigo clavada al suelo.

—Puedo… irme —susurro.

Él no contesta de inmediato. Se inclina hacia delante, y deja el vaso sobre la mesa, da un paso hacia mí. Luego otro. Hasta que está lo bastante cerca como para que pueda verlo mejor: alto, de hombros anchos, cabello corto y mandíbula marcada. Lleva barba de un par de días, y tiene los ojos oscuros. Viste una camisa negra que se ciñe a sus musculosos brazos y la combina con un pantalón

oscuro. Parece vestido de plomo. Y su energía… La forma en que llena el espacio es salvaje, como si la habitación hubiera sido diseñada para contenerlo. Doy un paso hacia atrás.

—¿Quién te ha contratado? —pregunta, sin alzar la voz.

—La agencia. Una fiesta privada, dijeron. Fotografías de ambiente...

—¿Te dijeron algo más?

—No. Solo que evitara zonas privadas.

—¿Y crees que esto… —gira levemente el rostro, mostrando parte de un tatuaje que nace en su cuello— lo es?

Mi garganta se cierra. Sus ojos no se apartan. Ni un milímetro.

Asiento en silencio.

—Y aun así entraste.

Su mano sube, lenta, hasta mi barbilla. Me obliga a mirarlo y caigo en el fondo de sus pupilas oscuras. Sus ojos son de otro mundo. Fríos. Quemados. Sin rastro de compasión.

—No volveré a molestar —susurro.

—Tu nombre es…

No se lo digas, protégete.

—Maya —respondo con rapidez pero en voz baja, como si decirlo fuera algo parecido a contar un secreto.

Él se acerca un poco más. Lo bastante como para que el calor de su cuerpo me roce levemente, aunque no me esté tocando. Siento como si su mirada estuviera apuntándome directamente al corazón que responde a su examen visual en un alocado palpitar.

—¿Apellido?

Entonces consigo reaccionar. Creo que no es una amenaza, pero estas preguntas consiguen incomodarme. Y no tengo ninguna obligación de contestar. Al fin y al cabo, él es un total desconocido. Yo ni siquiera se su nombre. Y por cómo se está desarrollando esta conversación, dudo que vaya a decírmelo. Así que levanto la barbilla y le miro con una firmeza que estoy lejos de tener.

—¿Va a anotar mis datos? —le digo desafiante y recorriendo la habitación de un vistazo en busca de una libreta o un ordenador personal.

Eso. Ahora te haces la valiente. Jesucristo, Maya, piensa un poco, reacciona.

Sin embargo, él permanece frente a mi como si midiera el grosor de mi voluntad. No sonríe ni bromea. Mi mente grita que salga corriendo. Mi cuerpo…no está tan seguro.

—¿Siempre contestas con una pregunta? —dice.

—Solo cuando me siento cuestionada.

—Ya veo. Entonces, he de suponer que ahora mismo sientes que te estoy interrogando… ¿demasiado?

—Es más bien como si me estuviera valorando. Me siento estudiada, sí. Y para su información, no me gusta nada.

Él asiente con un gesto preciso, que tiene algo de veredicto. Sus ojos bajan por mi cuello y después comienza a caminar en círculos suaves a mi alrededor. Me pregunto qué está pensando y busco con la mirada la puerta de la habitación, que permanece entreabierta. Mi pasaporte a la seguridad. Cuando la cruce, seré libre para irme de

este lugar desconcertante. Tengo unas cuantas fotografías, deberán ser suficientes para la agencia. No pienso pasar aquí ni un minuto más.

—¿Y qué estás estudiando tú en este momento? —pregunta.

No lo digas, no lo hagas. No.

La respuesta brota de mis labios sin que yo pueda hacer nada por detenerla. Casi puedo ver a mi voz interior llevándose las manos a la cara.

—A usted.

—Interesante. Y… ¿qué ves?

—A un hombre que no quiere que lo vean. Quizá le guste pasar desapercibido, o quizá su trabajo sea permanecer en un segundo plano, observando sin ser visto, todavía no lo sé. En cualquier caso, prefiere mantenerse en una sala apartado de la fiesta que se está celebrando aquí al lado.

Lo miro. Me obligo a sostener esa mirada de pantera. El tipo de energía que desprende me encrespa el vello de los brazos. Una señal de alarma inequívoca. Me paso la lengua por los labios y me maldigo por el gesto. No quiero parecer nerviosa. Y sin embargo, lo estoy. Y mucho.

Vuelve a acercarse hacia mí, se detiene a unos centímetros, levanta la mano y toca mi cámara de forma casi curiosa.

—¿Qué ves cuando miras a través de esto?

—La verdad.

—¿Y qué ves ahora?

—Un hombre que no sé si va a dejarme salir o a cerrar la puerta.

Él sonríe. Levemente.

—¿Qué querrías que hiciera?

Chitón, Maya. Ya te has metido en muchos problemas. No necesitas más.

No contesto.

—Así que, según dices, sería imposible que una fotografía pudiera guardar un secreto, ¿no? —dice con una sonrisa torcida en su boca.—. ¿Y tú sabes guardar secretos?

—Solo los que valen la pena.

Pero, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? ¡No le provoques, no le sigas el juego! ¡Cállate!

Me cuestiono mi actitud desenvuelta y al mismo tiempo mi salud mental. No sé por qué he dicho eso. No soy así. Yo no provoco a hombres como él. Creo que en algún momento he perdido el instinto de supervivencia. Debió de ser en el mismo instante en que entré en la habitación y este hombre clavó sus ojos en mí. Tal vez quiero provocarlo o tal vez…

—¿Tienes fotos de esta noche? —pregunta de pronto.

—Sí, claro. He venido para eso. Es mi trabajo.

—Y dime, fotógrafa, ¿ya tienes todas las que necesitas?

No lo digas, no lo digas. No. Lo. Digas.

Sé que voy a arrepentirme, pero no puedo evitar hacerlo. Me gustaría un recuerdo de esta noche que no fueran imágenes impersonales de humo de tabaco o copas medio vacías sobre mesas vestidas para una fiesta extraña. Y este atractivo ejemplar masculino

es un modelo más que interesante para una buena fotografía. Estoy segura de que Ethan opinaría lo mismo.

—En realidad no. —le digo clavando mi mirada en sus ojos oscuros—. Pero tengo una regla. No hago fotografías sin permiso.

—Está bien. Te lo doy. Todo sea por ayudar a una joven e inexperta fotógrafa.

El aire entre nosotros se enrarece hasta que él sonríe, esta vez mostrando una expresión divertida. Se encoge de hombros. Por primera vez, una chispa de algo parecido al humor cruza sus ojos antes de dirigirse a mí de nuevo.

—La llevas en modo automático. Poco profesional para una profesional.

Mis manos se aferran a la cámara. *Touché*. Pero ¿cómo lo ha descubierto? He acudido a cientos de eventos con Ethan y lo he visto trabajar. Algunas veces incluso me ha pedido ayuda y he tirado unas ráfagas con la «cámara suplente», como él la llama. Así que, supuse que estaba preparada para un evento como este, en el que han pedido unas cuantas fotografías sin grandes alardes. Sacudo la cabeza para sacar de mi mente esos pensamientos que cuestionan mis capacidades. Lo importante aquí no es justificarme, sino saber por qué este hombre que hace unos minutos no entendía nada de fotografía ahora parece saberlo todo. ¿Está jugando conmigo?

Él se gira y vuelve al sillón mientras yo permanezco en la misma postura, inmóvil.

—Entonces, ¿qué, fotógrafa? ¿Quieres alguna?

Vale, está bien. Veremos hasta dónde llega este juego. Levanto la cámara, despacio, como si fuera un acto ceremonial. Tiembla un

poco en mis manos. Giro la rueda y la coloco en modo manual. Él permanece quieto, de perfil, con los hombros relajados y los ojos perdidos más allá del ventanal, aunque sé que no está distraído. Es una pose. Lo que no sé es si me está ofreciendo un rostro o una trampa. Pero tengo que reconocer que es muy seductor.

Aprieto el obturador. Una vez. Dos. Y en la tercera, él gira lentamente el rostro y me mira de frente. Mis dedos se congelan. Soy incapaz de pulsar el botón.

—Listo —susurro.

—Entonces, ahora ¿ya tienes lo que viniste a buscar?

Lo miro. Dudo. Y eso lo hace sonreír. Una sensación tibia se expande por mi pecho cuando siento que, por un momento me ha regalado toda su atención. Un instante que deseo que se alargue hasta el infinito.

—No…, no estoy segura —balbuceo indecisa.

Camina hacia mí de nuevo, más despacio. Me quedo quieta como si el suelo me sostuviera solo por casualidad. Cuando se detiene frente a mí, su mano sube, lenta, y roza la correa de la cámara.

—¿Te escondes detrás de esto?

—No.

—¿Segura?

Mi garganta está seca, soy incapaz de tragar, pero no quiero parecer más vulnerable de lo que ya me siento. Él baja la mano. Sus dedos rozan sin querer —o tal vez queriendo— el borde de mi clavícula. Un roce de segundos, pero suficiente para hacer que mi piel se tense como la cuerda de un violín.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Bien.

Silencio. Cierro los ojos por un breve instante.

Genial. Ahora viene cuando saca el arma y te da pasaporte. Por lista. Hasta aquí has llegado, Maya. Adiós mundo cruel.

—Deberías volver —dice, al fin.

—¿Es una amenaza?

—Una advertencia. Estarás más segura donde hay ruido. Y testigos.

Camina de nuevo hacia el sillón. Se sienta, se sirve otro trago y me da la espalda, como si nuestra conversación no hubiera existido y supiera cuál será mi siguiente movimiento. No me muevo. Él se ha girado, ha vuelto a sentarse como si nada, pero yo sigo anclada en el suelo, con el corazón bombeando despacio, como si se resistiera a recuperar el ritmo normal. Me paso una mano por el cuello, la tensión que se ha instalado en mis músculos y no parece que vaya a desaparecer.

—¿Por qué no te vas?

Gira. Da la vuelta. Di buenas noches y vuelve a casa. Olvídate de las fotos, de Foster y de todo.

—Porque tengo la absurda sensación de que no debería hacerlo.

A la mierda mi vocecilla interior.

Una parte de mí quiere irse. La más lógica. Parece que se ha puesto en marcha el instinto de supervivencia que creía olvidado. Pero se ha vuelto a activar al recordar la sensación del aliento

apestoso del hombre de la fiesta y la forma en que me agarró de la muñeca, como si ya hubiera comprado una parte de mí. Es esa parte la que susurra que salga, cierre la puerta y no mire atrás.

Maya, no sigas por ahí. Vete ahora que aun puedes hacerlo.

Pero hay otra voz que susurra esta noche. Es más baja y más arriesgada. Se condensa en mi mente y gotea desde allí perforando la poca sensatez que aún mantengo. Esa voz me dice que, si me voy ahora, nuca sabré quién es él. Tampoco sabré por qué su silencio me atrae tanto. Ni por qué sus dedos rozándome han hecho más estragos en mí que todas las palabras de los hombres que han intentado desnudarme con la mirada.

—¿Siempre haces esto? —pregunto, sin pensar.

Él no responde enseguida. Se sirve un poco más de whisky, lo observa unos segundos, y luego lo bebe sin mirar en mi dirección.

—¿A qué te refieres?

El tono de su voz ha cambiado de nuevo. Ya no hay ni una gota de amabilidad en él. Mierda. La agencia fue clara. Nada de entrar en zonas no autorizadas, nada de hablar con clientes. Y, sobre todo, nada de hacer preguntas.

¡Bravo, Maya! Tres de tres. Eres una campeona.

—Ehmm, nada. Olvídalo.

Sé que estoy empujando una puerta que debería dejar cerrada. Pero ya la he cruzado. Y una parte de mí quiere saber qué hay del otro lado. Esta vez, cuando gira la cabeza para mirarme, hay algo distinto en sus ojos, tienen un aire más oscuro aún. Como si eso fuera posible. Me late el pulso en los labios mientras su aroma

intenso y profundo invade mi nariz. Huele a cuero y a alcohol. Me doy cuenta cuando él se detiene a escasos centímetros, tan cerca que podría contarle el ritmo del corazón si me lo pidiera.

—¿Dónde has dejado el sentido común, fotógrafa?

Eso mismo me pregunto yo. La distancia entre nosotros es mínima. Incluso el aire parece haberse retirado, dejando entre nosotros un vacío eléctrico, imposible de ignorar. Él no me toca, pero su proximidad es física, tan real, como si su sombra pudiera envolverme entera sin rozarme. No sé cuánto tiempo pasa así. Un segundo, diez, un minuto. Lo único que oigo es mi respiración, cada vez más superficial e impaciente. Me sorprendo deseando que diga algo, pero no lo hace. Solo me observa.

—No debería haberte dejado entrar —murmura finalmente—. No tienes permiso para estar aquí.

—Y, sin embargo, no me has echado.

—Todavía.

—¿Debería huir?

Él asiente.

—Sería lo mejor para ti.

Vamos, vete. Acabas de quemar tu último cartucho. Atiende, Maya. ¡Haz caso a tu sentido común!

Su voz me provoca un escalofrío lento, húmedo y tibio, que baja por la columna como una gota de aceite caliente. Me siento invadida, aunque ni siquiera me ha rozado. Pero sus ojos…me aseguran que voy a vivir un momento que jamás olvidaré. Me

recorren de arriba abajo y yo siento cómo algo dentro de mí se abre y siento una imperiosa curiosidad.

La curiosidad mató al gato, Maya.

Destierro a mi voz interior. No pienso hacerle caso.

—Pero no sé si quiero hacerlo.

Entonces él da un paso atrás y todo el aire vuelve. Bruscamente.

—No sabes lo que te estás jugando. Vamos —dice. Su tono ha cambiado. Es más seco y cortante—. No deberías estar aquí.

Se gira hacia la salida y lo sigo. La puerta se abre del todo y la luz del pasillo me golpea como si saliera de una pesadilla que, en el fondo, no quiero abandonar. Sus pasos son silenciosos, pero rápidos. Cuando llegamos al final del pasillo y volvemos a entrar en la gran sala, todo sigue igual: la música suave, las risas falsas, las conversaciones que se escapan entre dientes. Pero yo ya no soy la misma. Ahora no soy solo una fotógrafa, ni una periodista. Soy una mujer envuelta en una curiosidad malsana. Por él. ¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué estaba solo, al otro lado del corredor? Levanto mi vista y lo observo.

Ya no es una figura sentada en las sombras. Ahora es un hombre que camina entre todos los invitados como si el lugar le perteneciera. Y, por cómo lo miran algunos y cómo apartan la vista otros, probablemente sea así. ¿Será el organizador de la fiesta? No puede ser, si es así es el tipo menos sociable de toda la faz de la tierra.

—Vuelve con los demás —dice, y entonces, sin previo aviso, se da la vuelta y se aleja sin mirar atrás.

Lo observo marcharse hacia la ventana. Su espalda ancha. Su nuca tensa. Sus puños cerrados.

No entiendo nada.

Ni falta que hace. Respira. Acabas de librarte de…

—¡Calla! —increpo a mi cargante voz interior.

Parpadeo y agito la cabeza de un lado al otro. Nadie me ha oído. Me detengo junto a una columna. Necesito recuperar el control. Sentir el peso de la cámara. Respiro. Intento recordar a Ethan y al señor Foster. Me repito que estoy aquí para trabajar. Que me han contratado para hacer fotografías. Que soy una profesional. Que no debería estar temblando por dentro ni repasando en bucle los gestos, la voz, los ojos negros de ese hombre que me dejó tan expuesta sin siquiera tocarme. Debo recordar quién soy y para qué he venido. Pero entonces, a mi derecha, vuelve a aparecer con la copa en la mano y la misma sonrisa depredadora, el mismo tipo repugnante de antes. Directo hacia mí.

Capítulo 2

Maya

Ajusto la correa sobre mi hombro y me llevo la cámara a la cara como si fuera un escudo, aunque sé que no me protege de nada. Aprieto el obturador, sin pensar. *Click*. Una copa al borde de una mesa. *Click*. Un rostro perfilado contra la penumbra. *Click*. Una pareja que sonríe demasiado como para ser natural.

Cuando bajo la cámara, allí está, frente a mí. De pie, con la copa en una mano, el mismo traje impecable, y la misma mirada grasienta. Me quedo quieta y espero. Ya me ha abordado una vez esta noche, y sobreviví. Puedo hacerlo de nuevo. Solo tengo que mantener la distancia, poner límites, no dejar que él toque nada más que su copa.

—Ah, mi fotógrafa favorita —dice, con ese tono petulante y condescendiente que me crispa.

Sonríe. Aunque definir lo que muestra bajo la nariz como sonrisa es bastante generoso. Es un gesto de poder. Bastante desagradable, por cierto. Decido cortar por lo sano. No le seguiré el juego ni por un segundo. Ni siquiera por cortesía.

—Sigo trabajando —respondo, sin darle pie a nada más.

—Eso veo. Y por lo que parece, muy bien, además —dice mientras se asoma al visor de la cámara.—. Aunque te falta una foto. La mía.

—Ya le dije que no.

—Lo sé. Pero pensé que eras una mujer inteligente. De las que saben cambiar de opinión cuando corresponde.

Está demasiado cerca y su proximidad me desagrada. Me gustaría retroceder, pero no quiero ceder ni un centímetro, eso le daría la idea equivocada de que tiene algún poder sobre mí. Podría decirle algo más, pero sé que no serviría de nada. Conozco a este tipo de personajes. No entienden los límites si no se los tatúas a fuego. Su sonrisa se ensancha al notar que no retrocedo, como si lo interpretara como una rendición, una pequeña victoria suya. Mierda. Mi maniobra no ha funcionado. Y entonces ocurre. Lo que temía. Lo que sabía que tarde o temprano intentaría.

Su mano roza mi cintura**.**

Maya, huye.

Doy un respingo. No es una agresión como tal sino un gesto que se esconde en la ambigüedad, en esa zona gris donde el asco y el poder se mezclan hasta convertirse en costumbre. La yema de sus dedos se apoya en mi cadera y se desliza apenas unos centímetros, como si fuera algo casual, ligero e incluso natural. Como si ya le perteneciera.

—Está usted fuera de lugar —digo, con tono firme y tratando de contener el gesto de desagrado que está a punto de asomar en mi boca.

—¿Y tú no? —responde, inclinándose un poco hacia mí. Su aliento arrastra el olor agrio del whisky fermentado en su lengua—. Una mujer como tú en un lugar como este… No me digas que no sabes a qué has venido.

Me aparto un paso. Él me sigue. Su sonrisa se curva hacia algo más oscuro.

—Estoy trabajando, haciendo un reportaje. No estoy aquí para usted —le escupo, y esta vez hay rabia en mi voz.

—Claro que sí —dice, bajando el tono—. Solo que aún no lo sabes.

—Váyase —le ordeno—. Ahora. Ni siquiera le conozco.

—Eso podemos arreglarlo rápidamente, ricura. Mi nombre es Tarasov.

—Perfecto, pero no se lo he pedido. De hecho, ni siquiera voy a devolverle una fórmula de cortesía porque no estoy encantada de conocerlo.

Él ladea la cabeza, y levanta las cejas como si acabara de dar con una nueva razón para insistir. Sonríe antes de volver a la carga.

—Vaya, sabes hablar. Me gusta eso. Pero me estoy seguro de que me gustarás más cuando consiga hacerte callar.

Y entonces, sin previo aviso, vuelve a acercarse. Más. Demasiado. Sus dedos rozan ahora mi antebrazo mientras su voz acuosa y alcoholizada se derrama en mi oído:

—Disfruto el doble con las que fingen resistencia. Me encantan los retos.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Mi palma choca contra su pecho y lo aparto con fuerza. No sé qué me impacta más: su descaro o la impunidad con la que se maneja. Nadie ha intervenido, aunque algunas personas han visto lo que ha pasado, de eso estoy segura. Sin embargo, las conversaciones a mi alrededor no se interrumpen de inmediato, solo se ralentizan. Los cuerpos se tensan. La gente gira sutilmente el cuello, como si una corriente eléctrica invisible hubiera barrido la sala.

Y justo entonces… la atmósfera, cargada de falsa cortesía y perfume caro, se pliega sobre sí misma como si alguien hubiera bajado la presión desde lo alto. Tarasov también lo siente. Su cuerpo se endurece. La sonrisa se desvanece en su cara, sin desaparecer del todo. Una mueca en tránsito. Su mano permanece todavía en el aire, como si dudara entre volver a tocarme o alzarla en señal de paz.

Yo me doy la vuelta despacio, sin saber qué encontraré detrás. Y ahí está. Mi enigmático desconocido. Camina hacia nosotros con su traje oscuro y esa expresión en los ojos negros que es una amenaza envuelta en hielo. Nadie lo detiene ni murmulla a su paso. Tarasov da un minúsculo paso atrás. Yo soy incapaz de moverme. ¿Qué extraño poder tiene este hombre sobre mí que me inmoviliza en su presencia?

Por un segundo me alivia ver al oscuro desconocido acercándose, de hecho, algo dentro de mí que no reconozco, desea que este hombre venga y borre a Tarasov del mapa, que lo destierre de esta fiesta, o al menos de mi lado.

Terreno pantanoso, Maya. Cuidado.

Se detiene frente a nosotros, a menos de un metro. Clava sus ojos en Tarasov con un silencio largo e incómodo que nadie se atreve a romper.

—Tienes muy mal oído —dice al fin acercándose más y dirigiéndose a mi repulsivo acompañante.

Tarasov hace un vago intento de recomponerse. Se alisa la solapa y recupera su expresión petulante como si fuera una coraza. Pero sus ojos son incapaces de sostener el reto que supone la mirada de mi oscuro desconocido.

—Ha sido un malentendido —asegura con falso aplomo. — No sabía que ella era… ¿Una amiga tuya? ¿Una adquisición? No pensé que…

—No pensaste —interrumpe él sin subir el tono.

—Ya te lo he dicho —murmura Tarasov, intentando sonreír, aunque la tensión le aprieta el cuello marcando aún más su papada sudorosa—, fue un malentendido. Estaba conversando con la *chica*. Nada serio.

Esa última palabra le crispa. Lo noto en su postura. Ha cerrado los puños y sus pupilas parecen dos brasas encendidas.

—¿Y crees que me importa lo que tú entiendas por algo serio?

Su voz es tan baja que apenas se oye, pero vibra en los huesos. Tarasov traga saliva. Mira a un lado. Al otro. No encuentra salvación.

—Vamos, hombre, ¿desde cuándo te gusta este tipo de mercancía? No parece especialmente interesante. Solo me acerqué a ella por curiosidad. ¿A quién le importan dos tetas con cámara?

Silencio.

La temperatura de la sala ha cambiado y se ha llenado de un silencio tenso que anticipa algo irreversible. Trago saliva.

—Te lo advertí.

—¿Qué…?

—Te lo advertí —repite.—. Una vez. Y no pienso volver a hacerlo.

Tarasov da un paso atrás y alza las manos intentando recuperar el tono. Esto está tomando un cariz más grave de lo que yo esperaba.

—Oye, mira, si te molesta, me largo. No hace falta montar un drama por una puta que se disfraza de fotógrafa. No tiene sentido...

Y esa frase, simple, es suficiente. No hay aviso ni cambio en la expresión de mi desconocido. Solo un movimiento rápido y el sonido posterior de un disparo. Preciso y seco.

La sangre estalla desde el muslo izquierdo de Tarasov y el aire se llena de aullidos que se transforman en súplicas. Cae al suelo junto a la copa que tenía hasta hace escasos segundos en su mano y que se rompe contra el suelo con un tintineo agudo. El hombre se retuerce y emite chillidos como un animal asustado mientras el oscuro desconocido se guarda el arma con la misma calma con la que otros se ajustan el puño de sus camisas.

Nadie se mueve. Nadie grita. Nadie pregunta.

Yo solo tiemblo, parada en mitad de este campo de batalla de este duelo improvisado, con la cámara colgando de mi cuello como un símbolo inútil. Siento que he estado a punto de presenciar una ejecución. No ha sido un hecho impulsivo, ha sido una acción fría, decidida casi de antemano. Dirijo la vista hacia el autor del disparo.

¿Mi… salvador? ¿Un asesino en potencia? No sé qué pensar, estoy completamente bloqueada. Ha sacado el arma y le ha disparado con una naturalidad desconcertante, y para él ha sido algo corriente, como quien saca la basura.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Tardo un par de segundos en contestar. Todos los ojos están fijos en mí. En nosotros. Es extraño, los hombres se contienen y las mujeres lo miran con un deseo oculto bajo el rímel de sus pestañas. Sospecho que algunas de ellas ambicionan que les ocurra algo parecido a esto para liberarlas de sus cadenas invisibles. En cualquier caso, todos permanecen en silencio.

—Ssssi —consigo articular con dificultad.

—Vamos — ordena y me toma del brazo.

Capítulo 3

Aleksei

Hay hombres que no aprenden con palabras. Tarasov es uno de esos parásitos. Un tipo ruidoso, arrogante, con los modales podridos de quien destila soberbia porque sabe a quién pagar y ante quién arrastrarse. Aún sostiene la sonrisa idiota cuando mi mano va al arma y la saco de la funda. Me imagino que, de algún modo, se cree intocable. Apunto a su muslo sin que me tiemble el pulso y disparo.

Es necesario, porque se lo advertí en una ocasión, pero no parece que lo percibiera. El respeto no se pide, se impone… Así que he tenido que establecer otro puente de comunicación entre nosotros. Un proyectil. Y ahora creo que sí lo ha pillado. Las balas parecen ser el único lenguaje que entiende este imbécil.

No me arrepiento en absoluto de lo que acabo de hacer. Tarasov es un miserable que cruzó una línea roja y sabía que no debía hacerlo. Ese trozo de carne con zapatos caros y el alma barata se permitió manosear lo que no tenía permitido tocar. Sabe que hay límites que no se deben traspasar, existen para evitar guerras peores que las que se libran con armas. Conocía esa norma, pero la ignoró cuando creyó que podía poner sus sucias manos sobre ella.

Lo que más me irrita del grito de Tarasov no es el volumen sino el tono en que lo hace. Sangra desde el suelo con un aullido cargado de teatralidad. Se retuerce como un perro enfermo. Lo detesto. Detesto a los hombres que no saben caer con dignidad. Suplica. Se arrastra. Sus chillidos de dolor intentan esconder lo que sus ojos reflejan con claridad. Humillación. Se humilla ante mí rogando por su vida.

Ni siquiera es capaz de mantenerse fiel a sus principios, por poco éticos que sean. Recojo mis labios en un gesto de asco. Lo desprecio, es insoportable. No sé si es consciente aún de que, si hubiera querido matarlo, ya estaría en el suelo con un disparo entre los ojos. Pero no lo he hecho Y no porque no lo mereciera, sino porque ella ha hecho un leve movimiento. Justo medio paso. Lo suficiente para que mi dedo corrigiera la trayectoria en el último segundo.

La fotógrafa. Cuando la he mirado, el sabor oxidado de un recuerdo ha vuelto a mi mente: mi madre. La he imaginado frente a mí, regia, de pie ante los hombres que primero escupieron las promesas y después las balas. Ella, la mujer que me enseñó a no llorar, aunque el mundo sangrara, también se interpuso una vez. También creyó que podía proteger a alguien. A mí.

Y no sirvió de nada. No entendió que, en este mundo, las mujeres que callan y soportan no están seguras, también mueren. Yo debería haber hablado, debería haberla defendido por callar, pero no lo hice.

Por eso disparé. Porque Tarasov merecía caer. Porque los fantasmas no se disuelven con el paso del tiempo, sino que nos

acompañan hasta que saldemos su deuda. La imagen de mi madre con la cabeza ladeada y la boca entreabierta me persigue. A su alrededor solo hay humo y la risa de los hombres que ejecutaron la sentencia que mi padre había firmado. Yo tenía once años.

El murmullo de las conversaciones fingidas regresa con la suavidad de una serpiente deslizándose entre copas rotas y miradas indirectas. Todo se recoloca, como siempre. Yo permanezco de pie mientras se llevan a Tarasov, su sangre marca una línea irregular sobre el mármol del suelo que alguien limpiará en minutos. Aquí las manchas no duran. Nada parece haber sucedido. Excepto para ella.

Maya.

Sigue en el mismo lugar donde se congeló. No se ha desmayado ni se ha puesto a chillar como una loca. Tampoco llora. Solo gira la cámara entre los dedos sin apretar el obturador. Veo la rigidez sutil de sus hombros. Debería haber gritado, mirarme con miedo o repulsión. Debería haberse apartado de mí como hacen todas. Debería.

Y en cambio, está ahí, inmóvil, con los ojos clavados en mí como si esperara algo. La observo con atención. No sé qué tiene. Pero permanece inmóvil frente a mí como una interferencia que no logro bloquear. Su cara es una máscara, pero los ojos no saben mentir. Y los de ella… Dios. Hay tormentas ahí dentro. No lo entiendo. Y no me gustan las cosas que no entiendo. Una parte de mí quiere que se largue. Que desaparezca. Que no vuelva a cruzarse conmigo. Pero otra… otra ya está tomando decisiones.

El disparo no fue por ella.

Pero algo en esa mentira empieza a tambalearse.

No fue por ella, me repito.

Pero la verdad se expande en mi mente igual que la sangre de Tarasov sobre el mármol. Implacable. Persistente.

Reconozco esa mirada, ese fuego inútil. He visto antes ese orgullo que no sirve para sobrevivir en un mundo de hombres destrozados y en la forma en que aprieta la mandíbula, como si pudiera sostener el mundo con los dientes. Esta fotógrafa insignificante que no sabe ni usar el modo manual… ha provocado algo en mi interior que me resulta nuevo y desconcertante.

Fascinante. Molesto. Todo a partes iguales.

Hay una escena congelada en mi mente, la de ella intentando librarse de Tarasov. Fue un gesto genuino, instintivo. Como si aún creyera que su voluntad puede detener al tipo de hombres que hacen que el mundo se mantenga en pie por las razones equivocadas. Y por un segundo —uno peligroso— admiro su resistencia.

No sé qué es lo que me retiene mirándola. No es la belleza —aunque la tiene—. Es otra cosa que no se advierte a primera vista. Hay fuego bajo esa piel.

Ella levanta la vista y algo se dobla dentro de mí. Y entonces mi código, todo lo que me ha mantenido vivo cuando otros caían con solo pronunciar mal un apellido, cae a mis pies.

No puede marcharse todavía. No dejes que lo haga.

No puedo permitir que lo haga.

No voy a dejarla marchar.

Capítulo 4

Maya

El disparo sigue vibrando en mis huesos, aunque ya no lo oigo. No sé si ha pasado un minuto o diez, pero tengo la sensación de que el tiempo se ha fracturado en mil pedazos y yo estoy atrapada entre ellos, suspendida, como si todo lo demás se hubiera quedado quieto y yo fuera lo único que todavía tiembla.

Tarasov ha desaparecido. Solo queda la sombra que dejó su caída. El mármol limpio donde estuvo sangrando hace un momento me parece obsceno. Como si la elegancia de este lugar fuera ponzoñosa porque se empeña en borrar lo que ha sucedido. Pero yo lo he visto. Ha sucedido.

He visto cómo un hombre cayó a mis pies por una sola razón: que yo estaba allí.

Por eso mi desconocido particular le ha disparado. Por mí. Para… ¿protegerme? Pero, ¡si no me conoce! Y además yo no se lo he pedido. Una cosa es que hubiera entre todos nosotros una batalla verbal, pero …

Maya, aterriza. Vuelve en ti. Da igual por qué lo ha hecho. ¡Ha disparado! ¡Huye!

La multitud intenta recomponerse, como un cuerpo que se recoloca después del impacto. Algunos susurran. Otros me miran. Pero nadie se acerca. Nadie me habla. Soy la mancha que todos quieren evitar.

Entonces noto que él se acerca. No escucho sus pasos, pero no es necesario porque el ambiente se pliega de nuevo, como si incluso el aire tuviera que abrirle hueco. No necesito mirarlo para saber que está ahí, detrás de mí. Lo sé por la forma en que mi espalda se tensa y el modo en que mis pulmones se niegan a expandirse. No es una presencia física en sí, aunque pesa.

—Ven —dice.

Pero no me muevo. Soy incapaz de hacerlo, y no es por resistencia, sino porque mi cuerpo necesita un segundo más para aceptar que esto es real. Que lo que he visto, lo que he sentido, no ha sido una fantasía extraña provocada por el miedo.

El disparo existió. La sangre también. Fue él.

Y ahora quiere que lo sigas. No lo hagas. No te atrevas.

Camina. Y yo, ignorando a mi voz interior, lo sigo como un autómata porque dentro de todo este caos y esta sensación de que todo mi alrededor comienza a resquebrajarse, él parece ser el único que no se tambalea.

Atravesamos un corredor del edificio en silencio. Nadie nos detiene y nadie pregunta. El pasillo se estrecha un poco. Se detiene frente a una puerta oscura y sin volverse hacia mí me da una orden:

—Dentro.

Y yo, que hace un rato respondía como un resorte a cualquier comentario que no me pareciera adecuado, que me revolvía rebelde frente al abuso de autoridad del tal Tarasov, ahora cruzo el umbral como una ovejita, obediente. Y curiosa. Sin entender por qué quiero saber lo que hay al otro lado.

La curiosidad mató al gato, Maya.

Miau. Cuidado.

La puerta se cierra tras de mí con un clic sordo que parece sellar algo más que una habitación. La verdad, no sé qué esperaba encontrar aquí. Tal vez una oficina fría, un cuarto de vigilancia o un espacio clandestino disfrazado de suite. Pero lo que hay no es nada de eso. Ni lujo ni brutalidad. Solo es una habitación de hotel compuesta por un salón amplio, austero, con muebles en sombra, paredes oscuras y un sillón con un tapizado tan sorprendente que parece haber sido construido para desviar la atención de cualquier otro detalle de la estancia. A la izquierda hay una puerta cerrada y a la derecha otra. Supongo que corresponden al aseo y al dormitorio.

Él no dice nada. Camina un par de pasos hacia el interior y me deja pasar. Luego, una vez que ya he entrado, vuelve y se apoya de espaldas en el marco de la puerta, como si observara una escena desde el punto exacto donde todo puede empezar o terminar.

Y taponando cualquier opción de huida, Maya. La has liado. Prepárate.

Yo permanezco en el centro.

Parada.

Desarmada.

Valorando qué va a pasar a continuación. Debería haber salido corriendo en cuanto escuché aquel disparo y sentí que mi cuerpo reaccionaba más a su voz que al sonido de la bala. Debería haber cogido la cámara junto con mi dignidad, y haberme largado por donde vine. Pero… no lo hice. Y, ¡oh sorpresa! Una vez más, como siempre, me he buscado un problema. Porque ahora estoy dentro de su guarida, rendida a lo que ordene. Ha conseguido vaciarme de voluntad propia. Sacudo la cabeza. Es imposible tener un Síndrome de Estocolmo sin secuestro, ¿verdad? Ni en el caso de que me retuvieran por unas horas, ¿no? Aunque no creo que esta situación se pueda considerar un secuestro. Nadie me ha obligado a estar aquí aunque sí que es cierto que en este preciso momento, no puedo salir.

Me pregunto por qué sigo obedeciendo a un desconocido que no me ha prometido nada**.** Ni una exclusiva ni protección ni…darme a probar esos labios carnosos.

El Síndrome de Estocolmo, Maya, reacciona.

Sacudo la cabeza e intento enfocarme en la situación. Es real, es extraña y también es peligrosa. Aunque no ha habido ninguna coacción ni me ha agarrado ni me ha obligado a entrar, aquí estoy, al borde de un precipicio que me llama por mi nombre. Y por loco que suene, estoy considerando saltar. Sin que me importe nada más. No lo entiendo, y sin embargo, todo encaja. Todo se alinea con este hombre y esos ojos negros, cuya mirada se cuela bajo mi ropa y parece que toma las medidas necesarias para mi rendición.

Me recorre de un solo vistazo, en silencio, despacio. Y en ese mutismo intenso, me doy cuenta de que, hasta ahora, nunca nadie

me ha hecho sentir tan desnuda sin desabrocharme un solo botón.

No hay caricias ni amenazas.

Solo su mirada.

Y yo, sintiéndome vulnerable y poderosa a la vez. Una contradicción que se enciende y arde bajo mi piel.

Pienso en marcharme. Lo pienso de verdad. Entonces él da un paso más. Apenas lo suficiente para que note con claridad su aroma amaderado. Trago saliva. Algo dentro de mí ha empezado a ceder.

Debes marcharte. Continuar aquí es peligroso…

Lo sé. Continuar aquí, significa entregarle algo que no sé si podré recuperar. Aunque no me muevo del sitio.

No sé en qué momento exacto dejo de tener frío. Tal vez ocurre cuando me doy cuenta de que llevo un rato con la boca entreabierta sin parpadear. O cuando noto que me observa con interés. Con curiosidad, como un lector mira la última página de un libro que no termina de comprender. Mi respiración sube despacio desde la base de la columna y se enreda en la garganta como un hilo de humo denso.

No hay caricias, ni roce, ni palabras sugerentes. Pero hay algo en su proximidad —ese campo invisible que irradia desde su cuerpo y me envuelve— que me hace sentir el calor palpitante más extraño que haya sentido nunca.

Yo, que creía conocer mis límites, mis miedos y mis muros, empiezo a darme cuenta de que estaba completamente equivocada. Esta noche, un desconocido los ha dinamitado con tan solo una mirada. ¿Es eso lo que me aterra? ¿Que no necesito más que su sombra para encenderme por dentro?

Sus ojos negros devoran cada centímetro de mi piel, que se ha vuelto insoportablemente sensible. Soy consciente de mi respiración y siento el latido acelerado de mi corazón, que retumba entre las costillas. También noto el peso cargado de mis pechos. No me ha tocado, aunque ya estoy temblando.

Todo lo que viví antes de cruzar esa puerta ha empezado a derretirse en una especie de recuerdo difuso. Tarasov, la música, los ojos de los invitados, el clic de la cámara. Todo se ha vuelto remoto, ajeno. Como si en el mundo solo existiera esta habitación cerrada y el hombre sin nombre que me mira como si leyera en mí lo que ni yo me atrevo a escribir.

No entiendo lo que está pasando, pero noto el pulso rítmico y acelerado en las muñecas, y el temblor contenido en los muslos, Siento un miedo diferente y extraño. Porque ambiciono algo que también podría destruirme**.** El rincón de la lógica ha dejado de tener poder. Y, aunque me dé vergüenza nombrarlo y no quiera demostrarlo, hay deseo. Y rendición. Ambos están bailando dentro de mí como dos lenguas de fuego.

Quizá es la adrenalina del disparo. O la forma en que mi mente recuerda que es vulnerable. Quizá es el alivio secreto de no haber muerto bajo las balas del arma de este hombre. O el asombro vital justo en medio del peligro, que araña mi interior y me dice que necesito sentir que estoy viva. Que a pesar de todo lo que ha sucedido hace unos minutos, hay vida, hambre y piel.

En cualquier caso, la única pregunta importa ahora es qué ocurrirá si dejo de ser Maya la fotógrafa y me abandono a la emoción que palpita entre mis muslos. ¿Y si me convierto, aunque

solo sea por esta noche, en la mujer que cierra los ojos y se lanza? Y esa idea, tan ajena a mi lógica, me excita de formas inimaginables**.**

Es cierto eso que dicen. Cuando se siente cerca, la fragilidad de la existencia desgarra y arranca las capas que no te sirven y te hace desear cosas que no deberías, porque quizá aferrarte a ellas es lo único que parece real en medio del caos.

Maya.

No sé si lo odio o lo necesito.

Maya, no lo hagas.

Si quiero que me abrace o temo que me ordene que me vaya. Solo sé que, si se acerca un centímetro más, voy a estallar.Y si se aleja, también.

Ma…ya

Así que me quedo así, con las manos cruzadas frente al pecho y el alma apoyada en el filo esperando ansiosa lo que está por ocurrir.

Él da un paso y el calor de su cuerpo se enrosca en el mío como una serpiente paciente. Y aún sin rozarme, sé que, si extiende la mano, va a encontrar mi voluntad a sus pies. Me falta el aliento. Mis labios se entreabren, necesito oxígeno. Entonces habla.

—No tienes que tener miedo —dice, pero no suena a consuelo—. Si supieras todo … entenderías que esta noche no eras el objetivo. Eras el motivo.

Su frase me desconcierta.

¿El motivo? Así que sí. Yo soy la causa del disparo. No es que entre ellos hubiera algo sin resolver o una enemistad antigua. No. Ya no quedan dudas. Soy la causa de que ese hombre desagradable y

baboso tenga un agujero en el muslo y unos gramos de plomo caliente en su cuerpo. Y eso significa que… ¡Dios! No sé qué demonios significa, solo sé que me siento asustada y llena de un poder que no había sentido jamás.

Tú. Eres. El. Puto. Motivo. Maya.

—¿Y ahora qué? —susurro.

Él no responde enseguida. Me observa lentamente, como si todavía estuviera calculando si vale la pena contestarme. Luego, al fin, suelta dos palabras.

—Ahora… esperas.

—¿Esperar?, ¿a qué?

Y ahí está. Esa media sonrisa que hace que sienta mis piernas como dos columnas de gelatina de fresa. Imagino lo que viene ahora. Lo lleva escrito en la forma en que aprieta los labios para decir un instante después lo que se le enreda en la lengua.

—A que decida cuánto de ti quiero. Y de qué forma.

Ahí está, Maya. ¿Contenta? Te has metido en la boca del lobo y ahora no puedes salir.

Tampoco quiero hacerlo. Trago saliva. No sé si debo sentirme insultada o halagada. Solo sé que estoy encendida.

Y entonces, suena un teléfono. El da media vuelta. Camina hasta la puerta, apoya una mano en el pomo y, sin girarse, lanza una frase.

—No salgas. No he terminado contigo.

Cierra la puerta. Y me quedo sola, con el pecho latiendo como si mi corazón hubiera comprendido algo que mi cerebro aún no

procesa y se anticipara a lo que fuera a suceder. ¿Miedo? No. En absoluto.

Esa emoción quedó relegada a un rincón en cuanto me sumergí en el profundo pozo de sus ojos negros.

Capítulo 5

Aleksei

Salgo de la habitación al pasillo. Desde fuera, el eco apagado de la fiesta golpea las paredes como una respiración contenida que no se atreve a entrar del todo. Miro el teléfono unos segundos antes de responder. No me gusta que me llamen cuando estoy trabajando. Pero Vasyl no es cualquiera. Si llama, es por algo.

—¿Sí?

—Vaya, te pillo vivo —responde su voz al otro lado, envuelta en un tono casual que no logra engañar a nadie—. ¿Qué tal la fiesta? ¿Mucho tiburón disfrazado de millonario?

—Más de los que me gustaría contar.

—Eso imaginaba.

Hay una pausa breve. El zumbido de fondo es estático.

—¿Te ha llegado la fotógrafa de la agencia que me recomendó Drew? Su contacto, Kathy, me juró que eran discretos. Dijo que necesitaban el dinero y que no abrirían la boca, que sabían hacer su trabajo y no harían preguntas. Que les va la vida en ello, literalmente. ¿Llegó alguien decente?

Aprieto la mandíbula. Mis ojos se desvían hacia la puerta que acabo de cerrar. La oscuridad del pasillo aún vibra con su olor.

—Sí. Me llegó alguien. Muy decente, en todos los sentidos. Gracias por el contacto. ¿Por qué me llamas tú y no Drew?

—Es…complicado. Está en una especie de misión alternativa…

—¿Víktor? ¿Una mujer? ¿Ambas?

—Ehmm, algo así.

—Ya. Bueno, no quiero saber más.

—Será lo mejor. Volviendo al contacto, ¿cumple?

—Cumple y desborda.

La voz me sale más baja de lo habitual al pensar en ella. No es intencionado. Es que no he podido evitarlo.

Hay algo en esa mujer que ha destrozado mi jodido equilibrio. Un cuerpo que parece haber sido dibujado para el pecado y una mirada que haría tambalear a los dioses. Rubia, delgada y de mirada inteligente. No es la más bella ni la más perfecta. Con su cámara al cuello y su atuendo discreto y sencillo no destacaría entre la multitud, y, sin embargo, para mí es como si estuviera rodeada de lámparas de neón.

—Vaya —responde Vasyl al otro lado de la línea, y creo verle sonreír mientras ladea la cabeza. —. Suena a que ha llamado tu atención más de lo que debería.

No contesto. Porque sí. Porque lo ha hecho. Y eso no estaba previsto. Con un par de frases afiladas y unos ojos que no entienden de sumisión ha arrastrado hasta aquí un recuerdo que creí enterrado. Utiliza su cámara como si fuera una barricada entre ella y

el resto del mundo, pero yo ya he saltado al otro lado, donde su boca me provoca un fuego interior incontrolable cuando se muerde el labio inferior por inercia.

—Yuri te manda saludos, por cierto —añade—. Dice que te recuerda más simpático.

—Yuri no me recuerda en absoluto. Ninguno lo hace. Y que siga siendo así.

Una carcajada baja al otro lado de la línea. Vasyl siempre supo caminar por los bordes sin caerse, pero incluso él sabe que hay nombres que no se deben pronunciar. El mío es uno de ellos. O mejor dicho… lo fue.

—Gracias por la llamada—digo al fin, secamente—. Y por la fotógrafa.

—A tu disposición, hermano. Cuídate.

Cuelgo y apago la pantalla del teléfono como si el gesto pudiera devolverme el control de todo lo que esta noche ha empezado a tambalear. Aunque no lo hace. El silencio vuelve, pero ya no es el mismo. Porque el problema no es Vasyl, ni la llamada, ni siquiera la fiesta.

El problema… soy yo.

Llevo años oculto detrás de un nombre que no me pertenece. He sido sombra, eco, ceniza. Y durante todo ese tiempo me convencí de que era necesario. Que había que borrar cada rastro, cada foto, y cada palabra que pudiera delatarme.

Funcionó.

Desaparecí el tiempo suficiente para que nadie me recordara. Ni una aparición pública. Ni imágenes. Ni pasado. Me convertí en un fantasma con los papeles en regla. Un hombre sin rostro. Sin historia. Y sin perdón.

Hasta esta noche.

Porque esta noche una mujer me apuntó con su cámara y me robó el alma. Un clic, y de pronto, yo existía.

No debería haberme dejado fotografiar. Lo sé. Es un error estúpido. Imperdonable. La imagen de mi cara, grabada en un dispositivo que no controlo, en manos de alguien que no debería haber estado ahí. Pero… sus ojos.

Joder, sus ojos.

Me distrajo la forma en que me miraba. Como si fuera más que un objetivo y detrás de esa lente buscara otra cosa. Quizá una grieta. O una historia. Y yo, me dejé embaucar por esos labios golosos y esa mirada dulce.
Y la encontró.

Me tenso. Por un segundo, la paranoia me araña el cuello. ¿Y si vende la foto? ¿Y si la publica sin saber quién soy? ¿Y si, por casualidad, alguien me reconoce? Podría joderlo todo. Todo lo que he construido y he evitado.

Pero no lo hará.

Porque voy a arreglarlo. Extraeré la tarjeta de la cámara y la destruiré. Además, no le he dicho mi nombre**.** No tiene ni la más remota idea de quién soy. No se lo he susurrado al oído ni lo he dejado escapar entre el alcohol. No firmé ninguna orden. No dejé huellas. Para ella, solo soy una figura anónima. Un tipo sin nombre

que le salvó de un hombre repulsivo y de una artimaña torpe para manosearla. Nada más. Una figura borrosa al cabo del tiempo. Sonrío al evocar sus labios.

Aunque esta noche… quizá —solo quizá— mi cara no será lo que más recuerde de esta fiesta.

Puede que lo único que regrese a su memoria después de esta velada nocturna no sea mi rostro sino el eco lejano y desconocido de mi voz. O incluso tal vez, lo que se le quedará grabado sea … Noto palpitar mi miembro dentro de los pantalones y sacudo la cabeza. Es incontrolable.

Puedo registrarme bajo una identidad falsa, borrar rastros, destruir pruebas y moverme entre sombras sin dejar huellas. Pero no puedo controlar lo que ocurre en mi interior cuando ella está cerca. La deseo.

Esa fotógrafa de voz desafiante y boca seductora despierta un hambre en mí que no sabía que aún tenía. Una pulsión primaria que no obedece a la lógica ni a la estrategia y me desarma con una combinación extraña de fragilidad y fuego.

Y cuando la tengo cerca, el mundo se reduce a una sola cosa: hacerla mía.

Capítulo 6

Maya

Ha vuelto y está ahí, parado. De pie en el umbral, mirándome. No dice ni una palabra, solo clava sus ojos negros en mí y su mirada cae como una sentencia. Veo brasas encendidas en ellos, un hambre controlada con dificultad y la llama de un fuego que precede a la tormenta.

Mi cuerpo una vez más, lo sabe antes que mi mente. La piel se me estira como si hubiera olvidado a quién pertenece y el vientre se contrae con un pulso antiguo. Siento los pezones endurecerse bajo la tela sin necesidad de contacto. Él cierra la puerta con calma y yo siento que acaba de apartarme a la parte del mundo real, la que quedaba fuera y me hubiera sumergido con ese gesto en una suerte de multiverso en el que solo estamos él y yo. Camina hacia mí sin urgencia ni prisa. Como si tuviera todo el tiempo del universo para decidir dónde va a hacerme añicos primero.

Mierda, Maya. Ya no hay modo de echarse atrás.

Pero, al mismo tiempo me contesto que quizá no quiera hacerlo. Una corriente que se arrastra desde el pecho hasta las ingles, me humedece antes siquiera de que él me roce. Es curioso, apenas lo conozco, su aroma es el traje que a duras penas contiene al

monstruo y, sin embargo, no me aterra, sino que, al inhalarlo, me siento suspendida, flotando en una especie extraña de limbo y muy, muy excitada. Efectivamente, esto confirma mi teoría. Ardo por acariciar sus brazos y lamer su torso firme que se insinúa musculado y duro bajo la camisa ceñida, por descubrir cada línea de esos tatuajes que asoman en el hueco que existe entre los dos primeros botones de la camisa que lleva desabrochados y que abren un espacio que me atrae como un imán. Sí. Me arde la piel cuando pienso que él ha vuelto y … me consume la loca idea de que quizá no ha regresado para hablar.

Se detiene frente a mí. Levanta una mano para enredar un mechón de mi pelo entre sus dedos y yo creo que mi corazón va a licuarse abrasado de calor. Juguetea con mi cabello. Lo mira despacio, como si analizara el peso de una decisión. Y después, como si ya no hubiera marcha atrás, me lo retira del rostro con una lentitud deliciosa e insoportable**,** dejando al descubierto mi mejilla, mi oreja, mi cuello. Su mirada sigue el recorrido como una promesa. Tiemblo.

—Tienes miedo —dice.

Es una afirmación. No una pregunta.

Asiento. No sé por qué. Quizá porque mentir ahora sería estúpido. Quizá porque él ya lo sabe. O quizá porque hay algo perverso en reconocerlo y seguir de pie.

—Bien —susurra—. El miedo mantiene los sentidos alerta. Y quiero que sientas cada maldito segundo de lo que va a pasar.

Entonces su mano baja, con precisión. No roza mi piel, pero la atraviesa igual. Y sé, sin una sola duda, de manera definitiva, que ya

no hay vuelta atrás. No quedan oportunidades de salir. Solo puedo caer.

Cuando su boca se derrumba sobre la mía lo hace como una condena escrita con los dientes, es una invasión que no pide permiso porque ya sabe que va a ganarlo todo. Me besa como si el oxígeno estuviera sobrevalorado. Como si mi aliento fuera suyo por derecho. Y el traidor de mi cuerpo responde como si pagara una deuda antigua que él ha venido a cobrar.

Su lengua se abre paso entre mis labios con violencia controlada y furia retenida. Por un instante pierdo la noción del tiempo, del lugar, de quién era yo antes de que su boca se apoderara de la mía. Mi lengua se rinde a la suya como si lo hubiera estado esperando desde el principio y todas las preguntas que he acumulado esta noche desaparecen de golpe en ese instante exacto en el que mi boca se convierte en grito y oración. Y aunque hay un impulso de resistencia, algo instintivo que quiere recordarme que esto es peligro, que esto no tiene reglas… no lo escucho.

No puedo.

Porque nunca nadie me había besado de esta manera. Como si fuera capaz de hacerme trizas en cualquier momento.

Su mano sube por mi espalda, firme, brutal, hasta enredarse en mi nuca. Me sujeta el cabello con los dedos abiertos, tirando con suavidad primero, y después con violencia contenida. Me obliga a alzar el rostro para profundizar el beso y hacerlo más salvaje. Su boca se ha convertido en un campo de batalla, y mi cuerpo ya hace un rato que ha dejado de defenderse y responde en la misma sintonía dentro del combate.

Siento cómo mi espalda choca contra la pared, aunque no recuerdo haberme movido. El muro helado contra mi columna me devuelve por un instante a la realidad, pero la fricción de su pecho contra mis senos, y el latido feroz en mi cuello me acompañan en el retorno al lugar en el que pierdo todo el sentido común. Me devora con la boca, con las manos, y cuando se separa, mis labios duelen. Mis piernas tiemblan. Pero mi cuerpo entero grita pidiendo más.

Y entonces oigo su voz. Un susurro bajo, acariciándome desde dentro.

—De rodillas.

Me mira como si todo mi cuerpo fuera una extensión de su deseo y no hubiera más voluntad que la suya. Mi estómago se contrae ante esa orden que supone una sumisión y entrega total por mi parte. Sus manos me agarran con firmeza por los brazos, luego se inclina, se coloca frente a mí y sus ojos me sostienen antes de pronunciar otra palabra.

—Ahora.

Mis piernas ceden bajo esa voz llena de autoridad. El abismo, el vértigo y el peligro son los hermanos menores y fastidiosos de mi deseo, el primogénito desbocado que ha tomado el control. Me arrodillo frente a él mientras desabrocha su cinturón sin apartar los ojos de los míos. Cuando libera su sexo grueso y tirante siento que el calor entre mis muslos aumenta. Lo deseo antes siquiera de probarlo.

—Boca abierta —ordena.

Y yo, sin pensarlo, obedezco.

Su mano se enreda en mi pelo y me guía, despacio primero, como si quisiera darme margen. Pero es tan solo la calma del depredador antes de apretar los colmillos. El primer contacto me abrasa. Lo siento contra la lengua, contra la garganta, y aunque mi primer instinto es alejarme, el deseo me hace detenerme y quedarme ahí saboreando su longitud. Echa hacia atrás su cabeza y vuelve a guiarme para introducir su longitud en mi boca. Me resisto un poco. Lamo, chupo y absorbo su glande jugoso. Luego abro más la boca. Lo recibo más hondo.

Cuando por fin meto su miembro hasta lo más profundo de mi garganta, suelta un gruñido. Bajo. Instintivo.

Me dejo llevar por el ritmo que él marca con su mano y sus caderas, aunque cada embestida haga que me salten las lágrimas. Posee mi boca con plenitud, me llena con su dureza y empapa mi cavidad como si no hubiera otra parte de mí que le interesara.

Cada jadeo que escucho de su boca es un látigo que me azota el alma y aviva el deseo. Sin aviso, en un movimiento brusco, húmedo y cargado de urgencia, saca su longitud de mi boca. La saliva me cae por la comisura como una marca. Me arde la garganta, y me tiemblan los muslos. Levanto la vista y me encuentro con su mirada. Toma mi brazo, me levanta con una sola mano, me gira con una firmeza que no deja espacio para el pudor, y me inclina hacia el sofá. Y yo, jadeante, empapada, temblorosa… descubro que nunca me había sentido tan viva como ahora.

—A cuatro patas —dice. Y no es ninguna sugerencia.

Me apoyo en el horrible tapizado del asiento con las manos abiertas y los dedos clavados en la funda acolchada, mientras mi

cuerpo se acomoda con naturalidad en una posición que nunca había sentido tan correcta, tan visceral, y a la vez tan desesperadamente mía. Mi espalda se curva, mis caderas se elevan, y toda la humedad que me ha ido escurriendo desde que entró en esta habitación se convierte ahora en necesidad líquida. Estoy empapada. Abierta. A punto de rogarle que haga conmigo lo que quiera.

Él se coloca detrás de mí, y siento su cuerpo como una sombra caliente, que me abriga y me amenaza al mismo tiempo. Sus manos se clavan en mis caderas. Me aprieta como si estuviera marcando mi piel y haciéndola suyo, como si este fuera su lugar. Desliza la cabeza húmeda de su pene por mi entrada y dejo resbalar de mis labios un jadeo.

Y entonces me penetra con un gemido que es más un rugido ahogado. Sin miramientos, con fuerza. Mis pareces se abren y se contraen al mismo tiempo, satisfechas por el vacío anterior, que por fin se llena. Siento cómo me invade centímetro a centímetro, cómo el placer se mezcla con el calor y la tensión, con esa extraña felicidad que se acompasa alrededor de sus embestidas salvajes y profundas.

—Mírate —gruñe él, jadeando detrás de mí—. Jodidamente perfecta.

Cada golpe me empuja hacia adelante, y me desbarata. Mis pechos se mueven con el impacto, y siento que mi voz ya no me pertenece. Gimo, grito, jadeo. Estoy abierta por completo, expuesta, entregada como nunca. Y lo peor —lo mejor— es que no quiero que se detenga. Quiero que me lleve más allá. Que me deshaga por

completo y borre cualquier rastro de la mujer que llegó hasta aquí esta noche.

Mis uñas se clavan en el sofá y mis piernas vibran mientras él se inclina, me muerde el hombro, y susurra algo contra mi cuello que no entiendo … pero que me incendia igual. La respiración agitada le sacude el pecho, y el reflejo del cristal de la ventana me devuelve su torso desnudo y brillante por el sudor. Su sexo late dentro de mí, húmedo, enardecido, reclamando más.

El orgasmo llega para ambos al mismo tiempo. Lo siento como un grito ahogado, un desgarro y cientos de luces estallando detrás de mis párpados. Me quedo unos segundos sin aliento, con la piel empapada, los muslos temblorosos y el alma hecha jirones. Pero me descubro pensando que esto no ha acabado, que no voy a dejar que esto termine, porque aún lo quiero dentro.

Él se deja caer sobre el sofá como si el mundo ya no le importara. Y yo, recojo todos los pedazos que quedan de mí, me recompongo y tomo el control. No espero su aprobación ni una orden. Me coloco encima. Ahora quien está al mando soy yo.

Lo atrapo entre mis piernas, y él gruñe, bajo, como si no tuviera fuerzas para más. Pero … si las tiene. No me frena, sino que clava sus ojos en mí, me agarra de las caderas y se deja llevar. Paso mi lengua sobre sus labios mientras siento cada pulso. Es una hoguera que alimento con mi aliento sobre su piel. Recorre mi cuello con sus labios, baja hacia mi pecho y atrapa un pezón entre sus dientes. Ahogo un grito de placer cuando succiona y juguetea con su lengua sobre él.

Desciendo despacio. Muy despacio. Deslizo su miembro por mi apertura y la introduzco lentamente. Sus ojos negros están llenos de lujuria. Paso un dedo por sus labios y, de un empujón me llena de nuevo, pero esta vez el dolor es dulce. Como un eco prolongado del placer anterior, una segunda ola que se arrastra desde lo más bajo de mi vientre hasta las puntas de los dedos.

Él aprieta los dientes. Su mirada se oscurece. Me observa y yo lo cabalgo sin límite**.** Subo. Bajo. Lo aprieto desde dentro con cada movimiento. Me inclino hacia adelante, lo beso en la boca con hambre, le muerdo el labio. Sus manos recorren mi espalda, mi culo, mis costillas. Me araña, echa hacia atrás su cabeza y ruge.

—¿Qué me estás haciendo…? —jadea contra mi garganta.

Y yo no respondo. Solo me estiro más y me aferro a su cuerpo. A su voz. A la sensación certera de que ahora somos carne y fuego. Y quizá algo más que no entiendo y que trepa por mi interior y se inflama en mi pecho. Enreda sus dedos en mi clítoris y lo bordea antes de pellizcarlo levemente. Gruñe y el incendio de mi sexo se propaga desatado. Exhala una bocanada de aire tibio, lleno de deseo. Lo miro de frente y me devuelve una mirada fiera, hipnótica. Quiero saber qué hay detrás de esos ojos oscuros.

—Maya.

Mi piel vibra de placer por el mero hecho de escuchar el sonido de mi nombre en sus labios. Sus ojos bajan hasta mis pechos, que rebotan con cada embestida.

—Estás. Jugando. Con fuego.

No puede importarme menos. Corcoveo sobre su polla con intención y seguridad. Quiero arder con él dentro. Lo siento tensarse

cuando sus dedos se hunden en mis caderas. Aprieta, exige y me besa con furia, separando mis labios con su lengua, como si estuviera conquistando un territorio que por fuerza le pertenece. Luego coloca una de sus manos en mi garganta. Puedo sentir cada uno de sus cinco dedos ardiendo sobre mi piel. Una exhalación ronca escapa entre sus dientes apretados y acelera el ritmo. Alza su cuerpo por entero y me embiste desde abajo, como si ya no pudiera contenerse. Y cuando se corre dentro de mí, me estremezco de placer.

Caigo sobre su pecho. No hablamos. Tampoco nos miramos. No tiene sentido ningún gesto de intimidad entre nosotros. El cuarto está saturado de jadeos, de sudor, y de todo lo que nuestros cuerpos no dijeron en voz alta. Pero… ese momento mágico ya ha pasado. Ahora lo que queda es… nada.

Sigo encima de él, con la mejilla apoyada en su pecho y las piernas aún abiertas y temblorosas. Puedo oír su corazón. Late en una especie de código morse arrítmico que mi cuerpo entiende a la perfección. Pero sus manos ya no me sostienen ni me acarician. Se han quedado quietas a los lados, como si lo que acabamos de hacer no tuviera continuidad.

Tal vez no la tenga y esto ha sido sencillamente una pérdida de control, un desahogo tanto para él como para mí.

¿Qué esperabas, Maya?

Cuando me muevo para levantarme, él no me detiene. No pronuncia ni palabra. Ni tan siquiera me roza. Camino desnuda y recojo la camisa que había caído al suelo. Me la pongo con manos torpes. Y mientras me visto, lo oigo levantarse. Me arden los labios,

la entrepierna y los recuerdos de hace un minuto, que ya están mutando en heridas.

Siento su presencia detrás de mí. Espero una palabra. Una frase. Cualquier cosa.

Pero no llega.

Solo noto su respiración contenida.

Y después, el sonido de sus pasos alejándose.

Cuando me siento en el sofá, él ya ha cruzado una de las puertas y ha desaparecido. No ha ido, pero tampoco está a mi alcance. Y el vacío que acaba de instalarse aquí dentro es más frío que su mirada antes del beso y más violento que sus embestidas. Mucho más cruel que su disparo contra Tarasov.

¿Dónde conduce esa puerta? ¿Volverá?

¿En serio? Creí que eras más inteligente, Maya.

Sentada en un sillón horrible que aún conserva el olor de su cuerpo, el sabor de su deseo y el calor de sus manos, cierro los ojos. Por un instante —solo uno— me digo que esto era lo esperable, que ha sucedido por error, que no habrá consecuencias y que mañana por la mañana el sentido común retomará las riendas de mi vida y fingiré que nada de esto fue real.

Venga ya. ¿A quién pretendes engañar?

Las lágrimas acuden a mis ojos mientras me invade el sueño y me recuesto en el sofá con el cuerpo todavía palpitando de pies a cabeza. Finalmente entiendo lo que ha sucedido esta noche. Lo que haces con tu cuerpo se queda en el alma.

Y él …se acaba de quedar con la mía.

Capítulo 7

Aleksei

El espejo me devuelve lo que soy cuando ya no queda nada que esconder. Mierda. No puedo huir de lo que ha sucedido. Me enfrento a mi reflejo y descubro una versión de mí en el cristal que apenas reconozco. El rostro manchado de deseo, los nudillos blancos sobre el mármol, la camisa aún abierta como una herida mal cerrada…

Abro el grifo del lavabo, pero sé que no hay agua suficiente que pueda arrancarme de la piel su aroma.

No sé en qué momento crucé la línea. Tal vez cuando le dije que se arrodillara o cuando me dejó entrar sin un solo reproche. O quizá fue antes, cuando me miró sin miedo. Como si supiera que había algo más allá detrás del monstruo. Como si quisiera verlo.

Y yo la dejé asomarse.

Ese fue mi error. Bajé la guardia y le permití entrar. Ajusto los puños de la camisa como quien se recompone tras un crimen tratando de convencerme de que esto no ha significado nada. Que será una mujer más para mí y yo otro más que desaparece de su vida después de un buen polvo.

Pero, aunque trate de calmar el infierno que ella ha despertado con agua helada o abroche mi cinturón dando por terminado este

encuentro ella ya está dentro.

Y eso es peligroso.

Porque lo peor que puede hacerle un hombre como yo a una mujer como ella…es imaginar lo que sería no dejarla marchar. Y si salgo ahí fuera y la veo, si ella me mira… podría rendirme. Ceder. Pero si cedo, la destruyo. Y si la destruyo… no me lo perdonaría.

Salgo del baño con el silencio aferrado a los hombros. La habitación está casi a oscuras. La penumbra dibuja siluetas suaves sobre el sofá y sobre el cabello desparramado como una sombra húmeda sobre el respaldo del sillón. Tiene la camisa abierta, a medio abotonar y las piernas entreabiertas, como si aún me esperaran.

Me detengo y la contemplo como quien contempla una promesa fascinante que deseas pero que no debería cumplirse. Una tentación con nombre y latido. Y por un segundo —solo uno— imagino cómo sería quedarme. Pero ese mismo segundo es suficiente para recordarme por qué no puedo hacerlo.

Camino hasta la mesa sin hacer ruido. El reloj marca una hora estúpida. Sobre la mesa, la cámara ha sido el testigo mudo de lo que ha sucedido entre nosotros. Abro la tapa y extraigo la tarjeta.

Lo siento, preciosa.

Esta es una de esas noches que nunca debieron suceder. Me inclino, arranco una hoja del bloc de notas del hotel y escribo. No sé por qué lo hago, nunca me han gustado los efectos dramáticos. No van conmigo, pero con ella tengo la necesidad de dejar una puerta abierta. Doblo el papel con la misma frialdad con la que se dispara un arma. Sin pausas ni adornos.

Me acerco a la puerta. Mi mano toca el pomo. Y en ese gesto, en esa mínima tensión de músculos, se condensa toda la ternura que me está prohibida. Todo lo que quiero hacer y no me permito.

Entonces la oigo moverse. Me detengo en silencio.

Un suspiro. Un murmullo ahogado llega desde el sofá. Mi nombre, quizás. O el eco de algo que nunca llegamos a decirnos.

Cierro los ojos.

Y me obligo a cruzar el umbral.

Porque si me doy la vuelta y regreso a ese sofá…no podré refrenarme. No habrá vuelta atrás, la arrastraré a una vida que ella no ha elegido y que no merece. Si vuelvo a su lado… no podré irme nunca más.

Y yo no soy el tipo de hombre que se queda.

Soy —tengo que ser—el que se va.

Capítulo 8

Maya

Tardo unos segundos en comprender dónde estoy y recordar que la habitación no es la mía, sino una suite del Hotel Noir.

Y que él… ya no está.

Abro los ojos.

La electricidad ardiente que lo sostenía todo unas horas atrás ha desaparecido, como si al cerrar la puerta, él se la hubiera llevado consigo. Junto con mi vida. Me incorporo, torpe y abrazo mis rodillas sin saber si con esta postura busco consuelo o defensa.

¿Qué has hecho, Maya? ¿Dónde quedó tu lógica y tu armadura?

Quiero contestar a esa vocecilla incómoda y decirle que fue solo un momento, la adrenalina, el riesgo… Pero no fue eso. Fui yo, despojada de todas las barreras de contención, libre, poderosa. Abierta en canal sobre la sombra irresistible de un hombre del que ni siquiera sé el nombre.

Cierro los ojos y aspiro el aroma leve que aún conserva el tapizado del sofá. Todavía huele a él aquí dentro y… en mi piel. Reparo entonces en mí. La forma humana exacta del deseo después del abandono. Río sin ganas con los ojos aún cerrados y la respiración suspendida en el pecho, como si al no moverme pudiera

conservar mis recuerdos un poco más. La luz del amanecer comienza a colarse en la habitación y yo… no sé si estoy desnuda o desollada. Mi cuerpo aún conserva marcas de lo que ocurrió: un mordisco en la clavícula, la garganta seca de gemidos, los muslos temblorosos de tanto abrirse.

Pero las marcas que más hieren no están en la piel sino en la ausencia que se abre paso hacia mi mente, tan honda y cruel como un abandono.

Oigo a los coches rugir allá abajo, y los imagino diminutos, como juguetes. La sirena de una ambulancia ulula en la distancia y el sonido de un avión me recuerda que hay lugares a los que podría huir si quisiera. La ciudad sigue ahí, intacta y ajena a todos los acontecimientos que han llenado mi vida esta noche.

Me incorporo despacio, sintiendo cómo la humedad tibia que hace unas horas tenía entre las piernas, se ha enfriado, como si el deseo hubiera sido un mal sueño, el residuo ridículo de un fuego del que no quedan ni brasas. Me levanto con el pecho encogido y con la certeza brutal de que él ya no está aquí. Miro al frente, a la nada, con los labios sellados y los ojos a punto de rendirse ante las lágrimas que pugnan por brotar incontrolables ante su recuerdo. No las dejo salir. Serían una explicación demasiado fácil para una emoción que no tiene nombre.

Cierro los ojos un momento.

Veo su boca sobre la mía. Su mano en mi nuca. La forma en que me sujetaba como si fuera a destrozarme y a salvarme al mismo tiempo.

Mierda, Maya. Esto no puede estar pasando. Él no es nadie para ti. Ni siquiera lo conoces, no sabes su nombre. Espabila.

Pero no es tan sencillo. Lo de esta noche fue real, demoledor. Yo lo deseé y dejé que él entrase en mi cuerpo. La mujer que entró en esta habitación ya no existe. Solo queda la que despertó sola hace unos minutos. Ahora ya no hay marcha atrás. ¡Qué demonios! No la hubo desde el primer momento en que él puso sus ojos negros en mí.

Necesito saber qué fue esto.

Abro los ojos y lo veo.

Un papel doblado sobre la mesita. Dentro, una frase. Fría. Clara. Y un nombre que me empuja hacia otro precipicio si tengo el valor de ir a buscarlo. De repente el mundo parece enorme y yo, diminuta.

Me vuelvo hacia la ventana y apoyo mi frente en el cristal helado. Ni siquiera un «adiós», solo esta frase que encierra mil incógnitas. Eso es todo lo que va a quedar de esta noche. Una estúpida nota. Tinta y distancia. Nada que pueda confundirse con una pizca de afecto. Aprieto el papel entre los dedos y noto cómo cruje bajo la presión. Así que, si sigo el juego, el camino retorcido que me ha dejado, puede que le de respuesta a mis preguntas. O puede que sea una quimera, como buscar la olla de oro a final del arcoíris.

El tráfico murmura bajo mis pies como un idioma que ya no comprendo y yo no puedo dejar de preguntarme qué significa ese nombre y qué se esconde detrás de esa orden disfrazada de promesa.

Camino hacia atrás como si flotara, y aún no perteneciera del todo a este lugar. Pero en cuanto tomo una decisión me vuelvo corpórea de inmediato. Sí. Voy a seguir esta estúpida pista y lo encontraré. Porque después de todo… no quiero olvidarlo. Abro de nuevo la nota arrugada y leo.

"Si algún día quieres entender qué ocurrió
esta noche, busca a Víktor Rostov."

No sé quién es ese hombre, pero si tiene las respuestas…voy a hacer que me las dé, aunque tenga que arrancárselas con los dientes.

Deja tu huella

¡Muchísimas gracias por acompañarme en la historia de Aleksei y Maya! Si has llegado hasta aquí, significa que te has sumergido de lleno en **Aleksei, la *Sombra del piso 32,*** la precuela de la Serie **Sombras de Chicago**, y solo puedo agradecértelo.

Si la historia te ha atrapado, te ha hecho suspirar o te ha mantenido en vilo hasta el final, te agradecería enormemente que dejaras una reseña.

Tu opinión es clave: ayuda a otras lectoras a descubrir la serie ***Sombras de Chicago*** y a mí a seguir creando historias que te enamoren. No hace falta que sea extensa, incluso una frase breve marca la diferencia.

Si te apetece, puedes hacerlo justo aquí.

Pero esto no termina aún. El siguiente libro, con el que comienza la serie en realidad, es ***Víktor. La sombra del Pakhan.*** Él es un hombre atrapado en un matrimonio sin amor, disciplinado, sin dudas...hasta que ella entra en su vida como una tormenta y desbarata su orden y sus rutinas.

Entre las páginas de esta novela encontrarás tensión, peligro, lealtades puestas a prueba y una atracción imposible de ignorar.

Ya puedes leer la sinopsis de ***Víktor. Bajo la sombra del Pakhan*** y hacerte con el libro aquí.

Nos vemos en el lado más oscuro del amor.

Con cariño,
Eve.

Avance

VIKTOR

SOMBRAS DE CHICAGO 1

Noto una leve caricia en el hombro y una voz dulce se abre paso entre las brumas del sueño.

—Despierta dormilón —me dice—, levántate o llegarás tarde.

Creo que he dormido tan solo una hora, aunque el reloj de la mesilla indica que al menos han sido siete. Abro los ojos y me siento en la cama. La luz de la mañana se cuela a raudales por las cortinas semiabiertas.

Isabella me sonríe desde el otro lado de la cama. Se gira y abre sus piernas como una invitación. Debería rechazarla, pero la tensión que surge rotunda en mis pantalones me hace cambiar de idea. Ella se acerca y yo acomodo mi cabeza para tener mejor acceso. Se expone totalmente y me acerca el rostro. Esbozo una sonrisa, sé perfectamente qué quiere. Soplo levemente sobre su sexo antes de posar mi boca sobre su clítoris, está inflamado y húmedo. Hundo mi lengua en su entrada y Bella echa la cabeza hacia atrás. Los jadeos surgen de su boca en un ritmo constante, mientras sus caderas me indican que necesita más velocidad. Hoy me siento un chico malo. Me retiro de repente y ella se incorpora desconcertada. Me mira ansiosa. Hunde sus dedos en mi pelo y trata de llevar mi cara de nuevo hacia su sexo, pero no se lo permito. Me encanta este juego. Deslizo mis dedos en

la abertura humedecida y ella cierra los ojos abandonándose al placer. Trepo por su cuerpo, retiro los dedos y me introduzco en su interior con una embestida contundente. Abre la boca en un grito sin volumen y aumento el ritmo de mis empellones hasta que ella arquea la espalda con un estremecimiento. Yo me corro justo después y caigo agotado en mi lado de la cama.

—Tienes que marcharte de aquí. No es broma, te lo dije hace semanas —le digo cuando recupero el aliento. Su gesto se tuerce. A pesar de que nos entendemos bien entre las sábanas, ya he dado por cerrado ese capítulo de mi vida. Un par de firmas en un papel y estaremos divorciados. Seremos historia. Es lo que llevo persiguiendo desde hace un par de meses, pero debo reconocer que Isabella siempre encuentra el camino para evitar el trámite. La cama es uno de ellos.

—Llevamos demasiado tiempo alargando lo inevitable, Bella. Lo que acaba de suceder no volverá a ocurrir. Al menos no hasta que firmemos. Después, puede que me seduzcas para hacerlo, sabes ser muy persuasiva.

Isabella hace un gesto con la cabeza para indicar que no está convencida del todo.

—No lo entiendo, Víktor. Nos llevamos bien, nos entendemos. El sexo es bueno… ¿no?

Hago un gesto de contrariedad. No puedo decirle la verdad sin que haya consecuencias por su parte y no tengo ganas de sufrirlas en este momento. ¿Cómo puedo explicarle que yo ya no soy el mismo de antes, que desde el asunto del almacén todo ha cambiado para mí y que ella ahora no forma parte de mi círculo más cercano, ni de mi mundo ni de mis prioridades? Bella no es estúpida. Sabe que el atraco fallido y la muerte de Kiril me han afectado. Creo que ese fue

el motivo por el que aceptó mis argumentos cuando le dije que haríamos vidas separadas, que me mudaba a otra habitación. Lo nuestro había acabado. Pero no terminó de creerlo; se quedó a la espera de que, cuando pasase el tiempo, las aguas volvieran a su cauce y me desdijera. Sin embargo, eso no ha ocurrido. Ni va a ocurrir.

—El sexo es bueno, ¿no? —insiste—. No te entiendo. Creí que una vez que pasara un tiempo, cambiarías de opinión. Pero no ha sido así. ¿No hay nada que pueda hacer para convencerte?

Bella se baja los tirantes del picardías de encaje con resolución. Quiere un segundo asalto. Esbozo una sonrisa al apreciar la tersura de su piel cubierta de sudor y la contundencia de sus tetas. Lo tiene todo en la cantidad y el sitio exactos, como me gusta, pero deniego su ofrecimiento.

—No. Mejor búscate un abogado. Todo este asunto puede resultar difícil.

—Supongo que este momento tenía que llegar —dice con voz dubitativa.

—Así es.

Bella guarda silencio. Estoy convencido de que está valorando la situación. Seguro que buscará un buen abogado sin muchos escrúpulos, pero con mucha ambición que le aconsejará que se tire a mi garganta para dejarme sin blanca. Será mejor que me anticipe a esa guerra y yo también me busque uno especializado. Algún picapleitos experto en divorcios que me ayude a salir bien librado de todo esto. Quizá en el gabinete de Julius encuentre uno.

Pero antes necesito solucionar otro tema. El de la supuesta evasión de impuestos. Lo de *supuesta* es una expresión vacía. No hubo nada de supuesto ahí. Igual que en el resto de mis negocios. Pero fue una auténtica cagada. Una pifia de mi querido cuñado. Y eso me ha puesto en el punto de mira. Así que debo

resolverlo cuanto antes. No me conviene nada que el fisco me persiga ni darle algún motivo para que puedan encarcelarme por una evasión de impuestos federales, como le sucedió a Al Capone. Hay que aprender lo que la historia nos enseña. Dicen que un pueblo que no aprende de sus errores está condenado a repetirlos. Y yo no tengo ninguna intención de pasar ni un día a la sombra.

—¿Y qué pasa si decido que no quiero divorciarme? —dice Isabella arrastrando mis pensamientos al momento presente. Suspiro y clavo mi mirada en sus ojos desafiantes.

—No te conviene, Bella. No hace falta que te lo explique con pelos y señales, ¿verdad?

Soundtrack

1. **"*Tired of talking".*** LEON.
2. **"Beautiful Things".** Benson Boone
3. **"Infinity".** James Young
4. **"*Waiting Game"***. BANKS
5. **"*You´re The One I Want".*** Lo-Fang
6. **"La raíz".** Valeria Castro
7. **"*TOXIC".*** Aaron&Aria
8. **"High Hopes".** Panic!At The Disco
9. ***"abcdefu".*** GAYLE
10. ***"The Door".*** Teddy Swims.

La autora

Eve descubrió su amor por las historias en plena adolescencia, cuando comenzó a llenar cuadernos con poemas, aventuras, intrigas y romances que nunca salieron de su habitación. Amante de los libros, las películas y las series, siempre encuentra inspiración en una trama bien tejida o en un personaje inolvidable.

Su debut literario llega con **la Serie Sombras de Chicago: la Bratva Rostov**, una saga llena de romance, peligro y giros inesperados que te mantendrán en vilo. Apasionada por las emociones intensas, Eve combina en sus historias el misterio, el suspense y el poder del amor para crear mundos donde todo puede suceder.

Cuando no está escribiendo, seguramente la encontrarás soñando con nuevos personajes, devorando su próxima serie favorita o degustando un buen café en busca de la inspiración.